

# LA DRAMATURGIA SEXUADA

(Escrito a cuatro manos con **Carmen Resino**)

**Fernando Almena**

**R**ecurrir a la paridad numérica entre hombres y mujeres para el reparto de cargos, o de lo que fuere, lo considero un dislate monumental. En la gestión de cualquier actividad, un número de mujeres superior, y aun ligeramente menor, al de hombres se traduce en el reconocimiento de la valía y del imparable avance profesional de la mujer. La paridad por decreto solo mueve a risa o al sarcasmo, y basta con despojarla de su **d** final para que hallemos su genuino significado.

Hoy, y más aún tras demostrar la psicóloga Janet Shibley Hyde de la Universidad de Wisconsin, por medio de un estudio realizado durante los últimos 20 años, la casi absoluta similitud psicológica entre hombres y mujeres, su semejanza en personalidad, en poder y comunicación y en capacidad cognitiva y de liderazgo, me parece ridícula la agrupación de la mujer en enclaves sexistas auspiciada por los adalides de su causa con el fin de realzar y defender su presencia social. Toda reclusión, todo aislamiento grupal, no es sino una manera de exclusión, de desprecio a la igualdad, de restricción, de marginación en fin. En la Literatura, esos enclaves del sexismo emergen como: “poesía de mujeres”, “las poetisas”, “teatro femenino”, “dramaturgia de mujeres”... Abundan las escritoras que, convencidas de su valía, de su dignidad y capacidad como seres creadores, renuncian airadas a su inclusión en cualquiera de estos guetos que, más que exaltarlas, las menosprecian.

Dentro de esas escritoras, y centrándonos en el teatro, aunque ha cultivado todos los géneros, quiero destacar a Carmen Resino, que se encuentra entre nuestros más importantes autores teatrales actuales, y digo autores en su sentido más académico y amplio porque sobresale sin necesidad de encuadrarla en grupos y porque pienso que defiende la valía del autor sin etiquetas, y menos, sexistas. Pero sea ella, en este artículo a cuatro manos -no entrevista-, quien exponga su visión sobre si cree justificado el etiquetado de los autores por razón de sexo, si beneficia o perjudica a las autoras, si el etiquetado es una forma de prestigio o de marginación encubierta, si es el hombre o la mujer quien etiqueta y... sobre cuanto quiera.

Al teclado **Carmen Resino**:

Evidentemente, como dice Fernando, estoy en contra de los etiquetados y más en este asunto, y así lo he expresado en varias reuniones, congresos y entrevistas. Es también cierto que a mí se me ha estudiado mucho, no siempre, dentro del “teatro escrito por mujeres”, y por supuesto lo acepto porque es un hecho evidente: hago teatro y soy mujer. Sin embargo esto no significa que me guste la terminología y mucho menos el encuadramiento, como si fuera una especie de habitáculo que los autores masculinos nos consienten. He dicho en más de una ocasión que el arte no tiene sexo o no debería tenerlo, y que ponérselo es hacer, intencionadamente o no, una especie de subgénero literario, una especie de gueto donde alojar y reducir unas voces legítimas, y no creo que esto, al menos a la larga, nos prestigie ni nos beneficie, pues seremos estudiadas en un subgénero creado “ad hoc”. Si apelamos a la verdadera igualdad, todas esas clasificaciones, invitan, como poco, a pensar en la concesión, en el regalo, a imperativos de la modernidad y no a méritos propios; es como si nos dejaran “asomar la cabeza” solo por el hecho de ser mujeres y no especialmente escritoras. Sería, por tanto, como una forma de cumplir con esa “cuota” que más que prestigiar, que avalar, sigue flagrantemente discriminando, con lo que nos encontraríamos

con el efecto contrario, es decir, con una marginación dorada y encubierta. Dorada, sí, aureolada, también, pero marginación por el hecho de resaltar una realidad sexista. Curiosamente, esta incidencia de catalogar, de incluir en apartados, se produce, de manera evidente, en el teatro y no en la narrativa ni en el ensayo, que yo sepa. ¿Por qué? ¿A qué puede ser debido? Quizás porque el teatro ha sido un género menos tratado por la mujer, y aunque muchas, bastante más de las que se cree, lo cultivaron, fue en la década de los 80, coincidiendo con una clara irrupción del feminismo en España, cuando se dio una especie de “floreCIMIENTO” de dramaturgas. Así pues, por tomarse como un “boom”, como una alentadora “novedad”, se empezaron a hacer estudios, a constatar un fenómeno aparente, un hecho, que en aquel momento tenía su razón de ser: las mujeres irrumpían en el teatro como en otros aspectos de la vida, y muchas dramaturgas lo apoyamos con entusiasmo; yo misma fui miembro fundador y presidenta de la Asociación de Dramaturgas Españolas. Pero si en un principio se vio esta atención como un regalo, eso, a la larga, puede convertirse en *apartheid*, en un caramelo envenenado. La literatura, cualquier arte no debe estar apoyado en ningún condicionamiento sexista o racial porque se conseguirá justamente el efecto contrario: la devaluación del mismo. Creo, que ya pasado ese momento inicial de la “sorpresa”, debe dejarse de hablar del “teatro hecho por mujeres” para hablar solamente de teatro. Sin sexos ni etiquetas.